

## Palabras del Excelentísimo Sr. D. Juan Velarde Fuertes

Mi interés por Stuart Mill se inició cuando, en los *Ensayos en Biografía* de Keynes, en la edición original de 1933, que estaba en la biblioteca del Consejo Superior Bancario leí, apasionadamente, hacia 1948, el referido a Alfredo Marshall, y allí me encontré con tres referencias respecto a John Stuart Mill. La primera, el camino hacia la economía desde la ética emprendida por Marshall, que ya me había encontrado en el caso de Jovellanos, cuando éste en la tertulia de Olavide, se planteó la cuestión de que, como Alcalde del Crimen en la Audiencia de Sevilla no lograba comprender, del por qué de la mucha mayor abundancia de criminales entre los pobres que entre los ricos. Olavide fue quien lo señaló que, para entenderlo, era preciso estudiar economía. Algo parecido relataba Marshall, según Keynes: “De la metafísica pasó a la ética y creí que a través de ésta sería difícil justificar las condiciones existentes en la sociedad. Un amigo mío que había leído mucho de lo que llamamos en la actualidad Ciencias Morales, decía constantemente: «¡Ah! Si supiese usted economía política no diría eso». Entonces leí la *Economía Política* de (Stuart) Mill, y me entusiasmé mucho con su lectura... Después —concluía Marshall—, decidí estudiar tan a fondo como me fuera posible la economía política”.

En segundo lugar, Keynes sitúa a la *Economía Política* de (John Stuart) Mill en el bloque científico que se inicia en 1848, precisamente el año del hambre en Irlanda, que tanto preocupó a Mill hijo asunto ligado por otro lado a la gran crisis que provocó las alteraciones políticas de las revoluciones de 1848, y las conmociones sociales, puestas de relieve en el *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels. Ese ambiente de la ciencia económica no será modificado hasta 1871, fecha que coincide con la 7ª edición de estos *Principios*, justamente cuando Jevons y Menger anuncian la revolución del marginalismo.

En tercer lugar estaba la referencia crítica a la obra de Mill que se incluye en el párrafo, bien conocido de los economistas, en que vemos a un Keynes debedor de los Tratados y defensor de los ensayos científicos, de los folletos, de las hojas volanderas, y en el que sostiene que Stuart Mill “al escribir, gracias a sus dotes peculiares, un tratado de gran éxito, ¿no hizo más por la pedagogía que por la ciencia y no terminó por sentarse como un viejo lobo de mar sobre los Simbad viajeros de la siguiente generación?” Y eso lo apostilla Keynes al escribir en una nota: “¡Como odió Jevons a Mill, porque le habían obligado a dar conferencias sobre la *Economía Política* de éste, como si se tratara del Evangelio!”

Naturalmente, dejé a un lado a Mill, durante mucho tiempo: Comprendí que debía rectificar cuando leí en *The American Economic Review*, marzo 1949, el discurso que, sobre Bentham y Stuart Mill pronunció Viner como presidente de la American Economic Association, en el que casi presenta la crítica de Mill a Bentham como un intento freudiano de “matar al dominante padre” que John Stuart Mill había tenido, como queda bien claro en su *Autobiografía*. Pero Viner, después de hacer un juego de palabras con la obligación que tuvo de estudiar a Mill y a la *Political Economy* de Walker, con aquello de que lo que se les daba era “leche aguada” —*milk and water*—, puntualiza, reelaborando una proposición de Tawney, que se trataba de “un economista agudo que conoce las fuentes de sus propias premisas”. Y éstas, si eran firmes para el gran Viner, habían de tener en cuenta —y él incluiría las propias suyas— que de Bentham y de Stuart Mill “varias generaciones de economistas británicos y norteamericanos sobre todo, canadienses y en alguna medida, los economistas “liberales” del continente europeo, derivaron gran parte de sus presuposiciones psicológicas, éticas, políticas y metodológicas sobre las que han construido su análisis económico”.

Desde luego, sobre esta postura concreta de Stuart Mill, considero de mucho interés el ensayo del profesor Manuel Escamilla Castillo, *La utilidad y los derechos. La pequeña revuelta de John Stuart Mill frente a Bentham*, en el volumen dirigido por el profesor Escamilla titulado *John Stuart Mill y las fronteras del liberalismo*, que en la página 28, ofrece este texto de H. L. A. Hart en *Natural Rights: Bentham and John Stuart Mill (Essays on Bentham, 1982)*: “La moralidad para Mill, era un segmento especial de la utilidad, que se distingue de la mera conveniencia y que no requiere a los hombres que realicen todo acto que pudieran maximizar el bienestar general. En su lugar, sólo han de considerarse moralmente obligatorias aquellas acciones cuyo efecto sobre el bienestar general es tan considerable que seguiría habiendo como buena razón, en términos de la utilidad general, para castigar su falta de realización, incluso cuando se toman en consideración las desutilidades implicadas por la regulación y administración del castigo. “Las meras reglas convencionales o sociales respaldadas por sanciones” no eran para Mill, como lo fueron para Bentham, una formal moralidad o una fuente de obligacio-

nes morales en cuanto tales, sino sólo hasta el punto en que sus requerimientos puedan coincidir con los de la moralidad tal como la define Mill”.

Y he aquí que Pedro Schwartz me empujó hacia Bentham primero —en un debate que fue desatendido por la Fundación Juan March y que motivó mi abandono de su ámbito—, y hacia Stuart Mill, después como consecuencia de un artículo suyo en *Económica* sobre este economista, preludio de su ensayo, que se publicó por Tecnos en 1968, *La nueva economía política de Stuart Mill*, su tesis doctoral en la London School of Economics, y muy especialmente por haber estado yo en el Tribunal de su cátedra de Historia de las Doctrinas Económicas de la Universidad Complutense y haber considerado, al estudiar esta aportación, que era brillantísima, en discrepancia con algún otro miembro de ese Tribunal.

Con esos antecedentes, pasé a trabajar los *Principios de Economía Política*, en la ya veterana edición del Fondo de Cultura Económica, de 1951 y sobre todo, me encontré con que era el enlace obligado entre los tres grandes principales de la Ciencia Económica —Adam Smith, Ricardo y Malthus—, y los marginalistas y Alfredo Marshall. Al leerlos me encontré con que era Stuart Mill dueño de un buen sentido victoriano, ese, indudablemente, que en la literatura moderna aparecía más de una vez. Igualmente que era preciso, de modo continuo, separar el grano de lo permanente, de la paja de otras afirmaciones, y sobre todo, de las que se derivaban de la época en la que se publicaba y, por supuesto, de lo que provenía de ser un preludio de una ciencia que, más adelante, iba a perfeccionarse notablemente. Pero, aun así, quedaba tal cantidad de grano, incluso en las zonas en que la paja más abundaba, por ejemplo en el capítulo XIII del libro II, titulado *Consideraciones sobre los remedios para los bajos salarios* muy influido por el Malthus de *Ensayo sobre la población*, no por el Malthus crítico de la Ley de Say. En ocasiones, ni rastro de la paja. Por ejemplo, en la crítica al bimetalismo, tal como se expone en el capítulo X de libro III. O la curiosa alusión al análisis del norteamericano Rae y sus *New Principles of Political Economy*, el crítico de Adam Smith al observar lo que sucedía con los indígenas en Norteamérica, que a mi juicio sigue teniendo validez por lo que se refiere a los impulsos que llevan a ahorrar, y que se muestra en el capítulo XI del libro I de Stuart Mill. Cuando después leí lo que sobre eso señala Schumpeter, me ratifiqué en mi admiración por la perspicacia de Mill al destacar lo que sí era —no otras partes de su libro— una aportación de Rae.

Y me he movido, hasta ahora, absolutamente al margen de lo que para mí es el prontuario de las mejores aportaciones de Stuart Mill al pensamiento económico, que efectúa con maestría el profesor Schwartz en las diez cuestiones que plantea en las páginas 26 27 de esta edición que hoy se presenta de los *Principios de Economía Política* de John Stuart Mill. Pero creo que con lo expresado queda claro que era lógico que yo propusiese a nuestro querido colega, el profesor Martínez Estévez, presidente de la Fundación del ICO, que ésta patrocinase esta edi-

ción, y que fuese el profesor Schwartz, el que la dirigiese. Aurelio Martínez Estévez lo apoyó calurosamente, y así prosiguió esa serie de grandes economistas —basta citar a Schumpeter y a Marsall— que, a través de la Fundación ICO, pasan a estar a disposición de los estudiosos. Nunca agradeceremos bastante a la comprensión e inteligencia de Martínez Estévez el que esta colección, contribuya de modo admirable, a la cultura económica en español. Y ya que he citado a Schumpeter, no puedo por menos de reproducir aquí estas palabras suyas: “John Stuart Mill (1806-1873) fue... uno de los principales personajes intelectuales del siglo XIX... Casi todo lo que los economistas deben saber acerca de Mill ha sido admirablemente dicho por sir W. J. Ashley en la introducción a su edición (1909) de los *Principios*, edición que espero esté en manos de todo estudiante”. A continuación llama la atención Schumpeter sobre el apéndice a esa edición que, dice, expone “con apreciable éxito, bastantes temas de la doctrina de Mill en relación con la contemporánea suya, la anterior e, incluso, el pensamiento posterior: vale la pena estudiar cuidadosamente el apéndice”. Y aun más cuando saltamos al más reciente libro de Samuel Hollander, *The economics of John Stuart Mill* (Basil Blackwell, 1985), donde se puntualizan magníficamente las profundas vinculaciones de éste con Ricardo, y cómo resplandece un profundo mensaje antikeynesiano en esta obra que hoy se presenta.

Y he aquí que esta edición de la Fundación ICO presenta el apéndice de Ashley (pp. 118-1145) y, además, un *Prólogo* (pp. 21-30) de un interés por encima de todo lo imaginable, del profesor Schwartz, a más de una *Introducción* especialmente valiosa, me atrevería a añadir que fundamental, de Ashley (pp. 31-40). Se inicia con una referencia de éste a la *Autobiografía* de Stuart Mill, que la munificencia de la Fundación ICO, en volumen adicional, nos ofrece juntamente con los *Principios*. Añádase una sabrosa colaboración de *John Stuart Mill. Aprecio y crítica de un gran pensador*, que se debe asimismo al profesor Schwartz con referencias tan valiosas como lo que ofrece de Harriet Taylor, una relación también estudiada por Hayek y, entre nosotros, por el profesor Mellizo, por nuestro compañero Fabián Estapé en un artículo en *Moneda y Crédito*, y por Juana María Gil Ruiz y Esperanza Guisán, en sendos ensayos en la obra citada dirigida por el profesor Escamilla. Fue una relación que “contribuyó a reafirmar... —a Stuart Mill— en las opiniones radicales, románticas e individualistas que habían ido formándose —dice Schwartz— en él desde que saliera de su depresión”. Así se explica, en parte, la definición perfecta que de Stuart Mill hace el profesor Martínez Estévez en la *Presentación* de la *Autobiografía*, página X: “John Stuart Mill es un producto de su época. Pero un producto que hoy calificaríamos como de un *reformista radical* (Mellizo lo llama *disidente* y Pedro Schwartz, .... *izquierdista radical*, eso sí, de una manera matizada)”. Todo esto enlaza con lo que Schwartz señala en la página 25 de su *Prólogo* a los *Principios*, al indicar que “la idea de Mill de que es posible una sociedad en la que la producción obedezca a la lógica capitalista y la distribución se rija por criterios igualitarios, es el centro de las propuestas socialdemócratas y del socialismo de mercado”. O si se prefiere, en palabras también de Schwartz, en la página XVII de la *Autobiografía* “con

Mill empezó la transformación del liberalismo clásico del siglo XVIII y primera mitad del XIX, en algo que paulatinamente fue convirtiéndose en la socialdemocracia permisiva del día de hoy”. Esto sitúa perfectamente a Mill, tal como lo coloca Schwartz en la página 29 de su *Prólogo* a los *Principios*: “Siempre habrá quien se duela de la «injusticia» del capitalismo, a pesar de la capacidad del sistema de mercado de hacer progresar a la Humanidad como ningún otro antes. Para estas personas de buen corazón, Mill no dejará nunca de ser una inspiración”.

Nos recuerda nuestro compañero Dalmacio Negro Pavón en su estupendo ensayo *La idea de civilización en John Stuart Mill* —incluida en la citada obra dirigida por el profesor Escamilla— que era Stuart Mill “el quinto de los grandes economistas..., el sexto sería Marx, según Schumpeter”. Esto es especialmente importante, porque el profesor Estapé nos ha señalado que “Schumpeter solía decir que la Ciencia Económica viene a ser una especie de autobús singular, con plazas limitadas, en el cual algunos —muy pocos— tienen asiento reservado para la eternidad”. John Stuart Mill es, desde luego, uno de ellos.

